

vuestro nuevo señor de lo que lo habéis sido al antiguo. ¡Venid! Prometedme, dadme vuestra mano como prenda de que defenderéis su vida y la conservaréis ilesa. (Butler se la rehusa.) La proscripción del Emperador pesa sobre él; y su noble cabeza queda á merced de cualquiera vulgar asesino, que quiera ganar una vil recompensa por su crimen. Ahora, pues, necesita más que nunca de la solicitud piadosa del amigo, de la mirada vigilante del afecto... y los que observo á su rededor al separarme... (Mirando con recelo á Illo y Butler.)

ILLO.—Buscad traidores en el campamento de Gallas y de vuestro padre. Aquí no hay más que uno. Marchaos y libradnos de vuestra presencia odiosa. ¡Andad! (Maximiliano intenta acercarse otra vez á Tecla, y Wallenstein lo impide. Permanece indeciso y lleno de afición: la escena se llena de soldados más y más, y las trompetas suenan más y más, llamándole, y con intervalos más breves.)

MAXIMILIANO.—¡Tocad, tocad!... Ojalá fuesen las trompetas suecas, y de aquí fuera yo á los campos de la muerte, y todas las espadas, que están aquí desnudas, atravesaran á un tiempo mi pecho. ¿Qué queréis? ¿Venís á arrancarme de aquí?... ¡Oh! ¡No me desesperéis! ¡No lo hagáis! Quizás os pesaría. (La sala se llena completamente de hombres armados.) ¿Todavía más? Los soldados se unen á los soldados, y su muchedumbre me arrastra consigo. Reflexionad en lo que hacéis. No está bien que elijáis por jefe á un desesperado. Me priváis de mi ventura. ¡Bien! Yo consagro vuestras almas á la Diosa de la venganza. Me habéis escogido para causar vuestra propia ruina, y sabed que quien me acompaña ha de estar pronto á morir! (Mientras se vuelve hacia el fondo, los coraceros se mueven con rapidez, lo cercan y acompañan con grande algazara. Wallenstein permanece inmóvil, y Tecla se desmaya en los brazos de su madre. Caen el telón.)

ACTO IV.

Casa del burgomaestre en Egra.

ESCENA PRIMERA.

BUTLER, que llega.

Dentro está. Su destino lo trae. El puente levadizo ha caído detrás de él, y puesto que por él ha entrado y cayó ya, no le queda medio alguno de salvación. Hasta aquí, Friedlandia, y no más allá, dice la Diosa del destino. Tu brillante meteoro se elevó desde la tierra de Bohemia, dejó en el cielo refulgente huella, y se pondrá aquí también en la Bohemia... ¡Tú has sido perjuro con tus antiguas banderas, y confías ciego, sin embargo, en tu antigua fortuna! Armas tu mano criminal para llevar la guerra á los dominios del Emperador, y devastar el santo hogar de los lares domésticos. ¡Vive alerta! El espíritu de la venganza te deslumbra... ¡que la venganza no te pierda!

ESCENA II.

BUTLER y GORDON.

GORDON.—¿Sois vos? ¡Oh! cuanto deseaba oiros. ¿El Duque un traidor? ¡Oh, Dios mío! ¡Y fugitivo! ¡Y su noble cabeza proscrita! Suplícoos, mi General, que me contéis prolijamente cómo ha sucedido todo esto en Pilsen.

BUTLER.—¿Habéis recibido la carta que os remitt por un correo?

GORDON.—Y he hecho con puntualidad cuanto se me mandaba; le he abierto la fortaleza sin el menor reparo, puesto que una orden del Emperador me mandaba que os obedeciera en todo ciegamente. ¡Perdonad, sin embargo! Cuando ví al mismo Principe, comencé á dudar de nuevo. A la verdad, el Duque de Friedlandia no entró en esta ciudad como un proserito. En su frente, como en otro tiempo, brillaba la majestad de un potentado, que exigia la sumisión, y tranquilo, como en sus mejores días, me pidió cuenta de mis funciones. El infortunio, la conciencia de la culpa, acostumbra adular al hombre más bajo, y el orgullo, después de la caída, se doblega con facilidad y se humilla; pero el Principe, lacónico y con dignidad en todas sus palabras, aprobó mi conducta, como lo hace el dueño con su servidor, cuando ha cumplido su deber.

BUTLER.—Todo ha sucedido conforme os escribí. El Principe ha vendido el ejército al enemigo, y quiere entregarle á Praga y Egra. Al circular este rumor, le han abandonado todas las tropas, menos los cinco regimientos de Terzky, que lo han seguido aquí. Se le ha proscrito, pues, y se ordena á todo súbdito leal que lo entregue muerto ó vivo.

GORDON.—¡Traidor al Emperador!... ¡tan gran señor! ¡tan rico! ¡Oh vanidad humana! Yo decia con frecuencia: ¡esto no puede acabar bien! Para su ruina servirán tanta grandeza, tanto poder, y su sombría y vacitante violencia, porque el hombre se perjudica á si mismo, y nunca ha de confiar en su propia moderación. Sólo lo contiene en los límites debidos una ley clara, y el aguijón profundo del hábito. Pero el poder militar de este general era extraordinario y contra la naturaleza; casi lo igualaba al Emperador, y su carácter orgulloso habia olvidado ya la costumbre de obedecer. ¡Es lástima que un hombre como él!... Ninguno,

en mi opinión, se mantendría en el puesto, desde el cual cae.

BUTLER.—Reservad vuestras lamentaciones para cuando necesite de vuestra compasión, porque ahora es todavía poderoso y temible. Los suecos marchan hacia Egra, y si nosotros no nos decidimos á oponernos á su unión, no tardarán en juntarse. Pero ¡esto no sucederá! El Principe no debe salir libre de esta ciudad, porque me he obligado á ello con mi vida y mi honor, y á hacerlo prisionero, contando con vuestra ayuda.

GORDON.—¡Oh! ¡No quisiera haber visto este día! De sus manos recibí yo mi cargo; él mismo me confió la guarda de este castillo, que he de convertir en su prisión. Nosotros los subalternos no tenemos voluntad; sólo el hombre libre, el poderoso, obedece á sus inclinaciones varoniles. Nosotros somos sólo los esbirros de la ley y de sus rigores: la obediencia es nuestra virtud, y la única que aprovecha al humilde.

BUTLER.—No deploréis lo limitado de vuestras facultades. La excesiva libertad es madre de muchos errores, y la senda del deber, cuanto más estrecha, más segura.

GORDON.—¿Decís, pues, que todos lo han abandonado? Él ha hecho la fortuna de miles de personas, porque su carácter era el de un rey, y siempre su mano estaba abierta para todos... (Mirando á Butler de reojo.) Del polvo de la nada ha levantado á muchos, llenándolos de honores y dignidades, y, apesar de esto, no tiene ningún amigo, no ha podido conservar ninguno, que se le mantuviese fiel en la desgracia.

BUTLER.—Uno tiene aquí, de quien menos esperaba.

GORDON.—No le debo favor alguno. Casi sospecho que, en su grandeza, no se habrá siquiera acordado del amigo de su juventud... Porque el servicio me ha mantenido siempre lejos de él, y su vista me perdió en las murallas

de esta fortaleza, en donde yo, fuera del alcance de su gracia, he guardado en silencio un corazón fiel. Cuando me colocó en este castillo, cuidaba atento de cumplir sus deberes y no faltar á su confianza; sí, leal, defendiendo este puesto, que encomendó á mi fidelidad.

BUTLER.—Decidme, pues: ¿queréis llevar á efecto la pena, á que se le ha condenado, y prestarme vuestra ayuda para aprisionarlo?

GORDON. (Después de reflexionar un rato en silencio, y afligido.) Si todo ha sucedido como contáis... si ha hecho traición al Emperador, su señor, vendido el ejército, é intentado entregar al enemigo del Imperio las fortalezas de esta nación... si no hay salvación posible para él... Sin embargo, es penoso que la suerte me haya elegido entre todos para ser instrumento de su ruina, porque ambos fuimos pajes en Burgau, al mismo tiempo, si bien yo era de más edad.

BUTLER.—Lo sé.

GORDON.—Hará de esto unos treinta años. Revelaba ya una audacia sin límites este joven de veinte años. Era ya más serio de lo que exigía su juventud, y su ánimo varonil sólo grandezas soñaba. Silencioso pasaba entre nosotros, y no buscaba otra compañía que la de sus pensamientos; los placeres ordinarios de los mancebos no le llamaban la atención; pero de repente brillaba en él como un rayo maravilloso, que parecía brotar de las profundidades de su alma, deslumbrador y diáfano, que nos llenaba de asombro, no sabiendo si era un rasgo de locura ó una voz divina.

BUTLER.—Allí fué en donde cayó de un segundo piso, habiéndose dormido en el hueco de una ventana, y se levantó en seguida ileso. Desde entonces, según cuentan, se notaron en él síntomas de locura.

GORDON.—Es verdad; hizose más meditabundo, y se convirtió al catolicismo. Maravilloso fué el efecto de su mara-

villosa salvación. Se consideró como un sér favorecido y privilegiado; y ligero, como si no hubiera nunca de tropezar, corrió por la cuerda vacilante de la vida. La suerte nos separó luégo más y más; él emprendió á paso rápido la peligrosa senda, que lleva á la cúspide de la grandeza, y yo lo contemplé caminando, presa de un vértigo, y fué conde y príncipe, duque y dictador, y ahora todo es demasiado estrecho para él, y alarga su mano para apoderarse de una corona, y se precipita en un abismo sin fin.

BUTLER.—Callaos, que viene aquí.

ESCENA III.

LOS MISMOS, y WALLENSTEIN, hablando con EL BURGOMAESTRE de Egra.

WALLENSTEIN.—¿Que vuestra ciudad era libre antes? Veo que en vuestras armas sólo lleváis media águila. ¿Por qué sólo la mitad?

EL BURGOMAESTRE.—Era independiente del Imperio; pero, desde dos siglos hace, ha sido dada en garantía á la corona de Bohemia. ¡Tal es la causa de que sólo llevemos media águila! La otra mitad está cancelada, hasta que el Imperio nos la devuelva.

WALLENSTEIN.—Sois dignos de la libertad. Que vuestra conducta sea loable. No deis oídos á proyectos sediciosos. ¿Cuánto importan vuestros impuestos?

EL BURGOMAESTRE. (Encogiéndose de hombros.)—Apenas podemos calcularlo. La guarnición vive á nuestra costa.

WALLENSTEIN.—Se aligerará vuestra carga. Decidme, ¿hay todavía protestantes en la ciudad? (El Burgomaestre vacila.) Sí, sí, lo sé. Muchos se ocultan dentro de estas murallas...

sí, confesadlo sin miedo... Vos mismo... ¿no es verdad? (Mirale fijamente; el Burgomaestre se espanta.) Nada temáis. Yo odio á los jesuitas... Si de mí dependiera, no los habría ya en todo el Imperio... El misal ó la Biblia, ¿qué más me da?... Bien lo he probado al mundo... En el mismo Glogau he construido una iglesia para los evangelistas... Oid, Burgomaestre, ¿cómo os llamáis?

EL BURGOMAESTRE.—Pachhálbel, serenísimo Príncipe.

WALLENSTEIN.—Escuchad... pero á nadie digáis lo que voy á confiaros. (Poniéndole la mano en los hombros con cierta solemnidad.) Ha llegado el tiempo en que se cumpla lo prometido. Se alzarán los muladares, y se bajarán los adarves... Reservadlo en vuestro pecho. La influencia falaz española camina á su ocaso, y un nuevo orden de cosas ha de sucederle... ¿No habéis visto hace poco tres lunas en el cielo?

EL BURGOMAESTRE.—Con horror las he visto.

WALLENSTEIN.—Dos se transformaron en ensangrentados puñales. Sólo la del medio conservó su claridad.

EL BURGOMAESTRE.—Creímos que aludían á los turcos.

WALLENSTEIN.—¿A los turcos? ¿Qué? Dos imperios, os digo, sucumbirán en Oriente y Occidente, envueltos en sangre, y sólo la comunión luterana permanecerá impasible. (Observando á los otros dos.) Esta tarde, cuando caminábamos hacia aquí, se oía hacia la izquierda un nutrido tiroteo. ¿Se oyó también en esta fortaleza?

GORDON.—Bien lo oímos, mi General. El viento nos traía el ruido del Sur.

BUTLER.—Parecía venir de Neustadt, ó de Weiden.

WALLENSTEIN.—Es el camino que han de traer los suecos. ¿A qué fuerza asciende la guarnición?

GORDON.—Ochocientos hombres útiles, y el resto inválidos.

WALLENSTEIN.—Y ¿cuántos hay en Ioquinsthal?

GORDON.—He enviado doscientos arcabuceros para defender ese puesto contra los suecos.

WALLENSTEIN.—Alabo vuestra previsión. Se ha trabajado también en las murallas. Lo he notado al pasar.

GORDON.—Como el Rhingrave nos apretaba de cerca, hice levantar con rapidez dos baluartes.

WALLENSTEIN.—Sois celoso en servir al Emperador. Estoy contento de vos, señor comandante superior. (A Butler.) Los hombres apostados en Ioquinsthal han de retirarse, con cuantos puedan oponerse al enemigo. (A Gordon.) A vuestra lealtad, oh comandante, dejo confiadas mi esposa, mi hija y mi hermana. Yo no puedo detenerme aquí; espero sólo ciertas cartas, para dejar en seguida esta fortaleza con todos los regimientos que me acompañan.

ESCENA IV.

LOS MISMOS y el conde TERZKY.

TERZKY.—¡Mensaje feliz! ¡Alegre nueva!

WALLENSTEIN.—¿Qué noticias traes?

TERZKY.—En Neustadt se ha dado una batalla, y los suecos han conseguido la victoria.

WALLENSTEIN.—¿Qué dices? ¿Quién te ha traído esa noticia?

TERZKY.—Un campesino la ha traído de Tirschenrent. La batalla comenzó á la puesta del sol; tropas imperiales de Tachau invadieron el campamento sueco; dos horas ha durado la pelea, y mil imperiales y su jefe han perecido. No ha sabido decir más.

WALLENSTEIN.—Y ¿cómo han llegado á Neustadt los soldados imperiales? Altringer... debiera haber tenido alas...

estando ayer á la distancia de catorce millas. Los de Gallas se reúnen en Frauenberg, y aun faltan algunos. ¿Se habría aventurado Suys tanto? No puede ser. (Illo se presenta.)

TERZKY.—Pronto lo sabremos. Aquí viene Illo corriendo, lleno de alegría.

ESCENA V.

LOS MISMOS é ILLO.

ILLO. (A Wallenstein.)—Ahí está un jinete que quiere hablarte.

TERZKY.—¿Se ha confirmado la nueva de la victoria? ¡Hablad!

WALLENSTEIN.—¿Qué trae? ¿De dónde viene?

ILLO.—De parte del Rhingrave. Él mismo te dirá lo que desea. Los suecos están sólo á cinco millas de aquí. Piccolomini, con su caballería, los ha atacado en Neustadt; han reñido terrible batalla, viniendo al cabo el mayor número, y todos los soldados de Pappenheim, y Maximiliano, que los mandaba, han sucumbido.

WALLENSTEIN.—¿En dónde está el mensajero? Llevadme á su encuentro. (Quiere irse. La señorita de Neubrunn entra precipitadamente, seguida de algunos servidores, que corren en todas direcciones.)

LA SEÑORITA DE NEUBRUNN.—¡Socorro, socorro!

ILLO Y TERZKY.—¿Qué sucede?

NEUBRUNN.—La princesa...

WALLENSTEIN Y TERZKY.—¿Lo sabe?

NEUBRUNN.—¡Quiere morir! (Vase corriendo, y detrás de ella Illo, Terzky y Wallenstein.)

ESCENA VI.

BUTLER y GORDON.

GORDON. (Atónito.)—Decidme, ¿qué significa esto?

BUTLER.—Ha perdido al hombre á quien amaba, á ese Piccolomini, que ha sucumbido.

GORDON.—¿Desventurada joven!

BUTLER.—Ya habéis oído á Illo. Los suecos, victoriosos, se acercan.

GORDON.—Bien lo he oído.

BUTLER.—Traen doce regimientos, y el Duque tiene además cinco para defenderlo, y los soldados de guarnición en esta fortaleza no llegan á doscientos.

GORDON.—Así es.

BUTLER.—No es posible, con tan escasa fuerza, guardar un prisionero de Estado de tal importancia.

GORDON.—Ya lo veó.

BUTLER.—La muchedumbre de enemigos desarmará pronto este pequeño destacamento, y lo pondrá en libertad.

GORDON.—Es de temer.

BUTLER. (Después de una pausa.)—¿Sabeis que yo respondo del buen éxito de mi empresa, y mi cabeza de la suya? He de cumplir mi palabra de cualquier modo, y si no puedo guardarlo vivo, entonces no hay otro remedio que guardarlo muerto.

GORDON.—¡No quisiera comprenderos! ¡Justo Dios! Podriais...

BUTLER.—Es imposible que viva.

GORDON.—¿Seriais capaz?...

BUTLER.—Vos ó yo. Hoy es su último día.

GORDON.—¿Intentáis asesinarlo?

BUTLER.—Tal es mi propósito.

GORDON.—¿Confiado en vuestra lealtad!

BUTLER.—¿Su destino funesto!

GORDON.—La sagrada persona del general en jefe...

BUTLER.—¿Lo era antes!

GORDON.—¿Oh, lo que era, ningún crimen puede borrarlo!
¿Y sin la formalidad de un juicio?

BUTLER.—La ejecución de la sentencia hará sus veces.

GORDON.—Eso sería asesinato y no justicia, porque hasta al reo más criminal ha de oírse.

BUTLER.—El delito es evidente; el Emperador ha sentenciado, y á nosotros sólo toca cumplir su voluntad.

GORDON.—Ninguna sentencia capital ha de ejecutarse con precipitación, porque las palabras pueden retractarse, no la muerte.

BUTLER.—A los reyes agrada el pronto servicio.

GORDON.—Ningún hombre noble se transforma en verdugo.

BUTLER.—Ningún valiente retrocede ante un rasgo de audacia.

GORDON.—El valor arriesga la vida, no la conciencia.

BUTLER.—¿Cómo? ¿Hemos de dejarlo en libertad, para encender de nuevo el fuego inextinguible de la guerra?

GORDON.—Hacedlo prisionero, pero no lo matéis, á fin de no prevenir, derramando su sangre, al ángel de la misericordia.

BUTLER.—Si el ejército imperial no hubiese sido derrotado, podría conservar su vida.

GORDON.—¿Dics mio! ¿Por qué lo habré yo acogido en esta fortaleza?

BUTLER.—No el lugar, el destino es la causa de su muerte.

GORDON.—¿Hubiera yo sucumbido en estas murallas

honrosamente, defendiendo un castillo del Emperador!

BUTLER.—¿Y también valientes á millares!

GORDON.—Cumpliendo su deber, lo cual ennoblece y sublima al hombre; pero asesinando traidoramente, ¡oh!, lo llena de oprobio.

BUTLER. (Sacando un papel.) — He aquí la orden, que nos manda apoderarnos de él. Os obliga como á mí. ¿Queréis exponeros á las consecuencias de que se pase al enemigo por vuestra culpa?

GORDON.—¿Yo, ¡Dios mio!, que nada valgo?

BUTLER.—Tomad á vuestro cargo la responsabilidad del hecho! No os quejeis luégo de lo que ocurra. En fin, suceda lo que quiera, vuestra es la cuenta.

GORDON.—¡Oh Dios del cielo!

BUTLER.—¿Imagináis algún otro medio de ejecutar la sentencia del Emperador? ¡Hablad! Yo quiero inutilizarlo, no destruirlo.

GORDON.—¡Oh Dios! Lo que ha de ser lo veo tan claro como vos, pero mis sentimientos lo rechazan.

BUTLER.—Y ni ese Illo ni ese Terzky han de vivir, si el Duque muere.

GORDON.—¡Oh! No son ellos los que me inspiran compasión. Impúlsalos su mala voluntad, no el rigor del destino. Ellos son los que han sembrado en su tranquilo pecho la semilla de las pasiones aviesas, los que han cultivado en él, con nefanda solicitud, el árbol de su desdicha... ¡Dios quiera que reciban pronto el funesto pago de sus infames servicios!

BUTLER.—Por esto su muerte ha de preceder á la del Duque. Esta tarde, en medio de la alegría de un banquete, los apresaremos vivos, y los guardaremos en el castillo. Es lo más breve. Voy en seguida á dar las órdenes necesarias.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, ILLO y TERZKY.

TERZKY.—¡Ahora, pronto se conocerá el cambio! Mañana entran los suecos, valientes guerreros, en número de doce mil hombres. Después, ¡á Viena en línea recta! ¡Hola! ¡Alegraos, viejo compañero! No tengáis ese rostro patibulario, ante nuevas tan gratas.

ILLO.—Tócanos ahora prescribir leyes, y vengarnos de los perversos é infames que nos abandonan. Uno de ellos, Piccolomini; ha expiado ya su falta. Así suceda á todos los que nos son malévolos. ¡Terrible golpe es este para las canas de su padre! Toda su vida ha sido un perpetuo tormento para erigir en principado su casa condal, y ahora entierra á su único hijo.

BUTLER.—A lástima mueve la muerte de tan heroico joven, y hasta al mismo Duque, según se ve.

ILLO.—Escuchad, mi anciano amigo: lo que nunca me ha agradado en nuestro general, llenándome, al contrario, de ira, es la preferencia que ha mostrado á los italianos. Ahora mismo, ¡lo juro por la salud de mi alma! no dejaría morir á todos diez veces, si pudiera devolver la vida á su amigo.

TERZKY.—¡Callad, callad! No hablemos más de esto. Dejemos en paz á los muertos. Hoy se trata sólo de entregarnos á los placeres de Baco, puesto que vuestro regimiento quiere festejarnos. Pasaremos una noche de Carnaval deliciosa; y, cuando llegue el día, recibiremos con las copas llenas á la vanguardia sueca.

ILLO.—Sí; gocemos hoy de la vida, porque se nos prepa-

ran otros tiempos sombríos. Esta espada mía no ha de descansar hasta que se tiña en sangre austriaca.

GORDON.—Pero, ¿qué decís, señor Feld-mariscal? ¿Por qué esa ira contra nuestro Emperador...?

BUTLER.—No esperéis mucho de esta primera victoria. La rueda de la fortuna se vuelve con presteza, y el Emperador es siempre muy poderoso.

ILLO.—El Emperador tiene soldados, pero no general alguno, puesto que ese Fernando, rey de Hungría, no entiende una palabra del arto de la guerra. ¿Quizá Gallas? Es desgraciado, si los hay, y siempre ha sido el azote y ruina de las tropas. Y ese Octavio, esa serpiente, podrá herir á Friedlandia por la espalda y á traición, pero no resistirlo en campo abierto.

TERZKY.—No seremos desgraciados, creedme. La buena suerte no abandona al Duque; sabido es ya de sobra que Austria sólo vence con Wallenstein.

ILLO.—Pronto reunirá el Príncipe un ejército formidable, y todos se apresurarán corriendo á alistarse bajo sus banderas, ya tan famosas. Se renovará el tiempo pasado, y será tan grande como antes. ¡Cómo se desesperarán los insensatos que lo han abandonado! Dará tierras á sus amigos, y premiará egregiamente á sus fieles servidores. Nosotros somos los primeros en su favor. (A Gordon.) También se acordará de vos, y os sacará de este nido, para que brilléis en puestos más elevados.

GORDON.—Yo estoy contento, y no ansio subir muy alto, porque la caída es entonces más peligrosa.

ILLO.—Nada tendréis que hacer ya aquí, porque mañana entran los suecos en la fortaleza. Venid acá, Terzky. Ya es hora de cenar. ¿En qué pensáis? Que la ciudad se ilumine en honor de los suecos, y el que desobedezca, sea declarado español y traidor.

TERZKY.—Dejaos de eso. No sería del agrado del Duque.

ILLO.—¿Cómo? Somos aquí los dueños, y no ha de haber partidarios del Emperador en donde nosotros mandemos... Buenas noches, Gordon. Por última vez os recomiendo la plaza; que la recorran patrullas, y hasta se debe mudar la palabra de orden, para estar más seguros. Al dar las diez, llevad en persona las llaves al Duque, y os veréis ya libre de toda responsabilidad, porque mañana ocuparán los suecos la fortaleza.

TERZKY. (A Butler al salir.)—¿Vendréis también al castillo?

BUTLER.—Llegaré á tiempo.

ESCENA VIII.

BUTLER y GORDON.

GORDON. (Siguiéndolos con la vista.)—¡Desdichados! En su ciega embriaguez del triunfo, ¡cuán inconsideradamente se precipitan en la red mortífera, que les espera!... No puedo compadecerlos. ¡Este Illo, malvado, insolente y cínico, que se quiere bañar en la sangre de su Emperador!

BUTLER.—Haced cuanto os han mandado. Enviad patrullas, cuidad de la guarda de la fortaleza. En cuanto estén arriba, yo cerraré el castillo, para que en la ciudad no se sepa nada de lo que allí suceda.

GORDON. (Inquieto.)—¡Oh! No os deis prisa. Decidme primero...

BUTLER.—¿No lo habéis oído? Mañana es el día en que llegan los suecos. Sólo esta noche para nosotros; si ellos marchan con rapidez, nosotros debemos adelantarlos... Adiós.

GORDON.—¡Ah! Nada bueno me dicen vuestras miradas. Prometedme...

BUTLER.—El sol se ha puesto ya, y le sucede la noche, llena de misterios. Su obscuridad nos ampara. Su mala estrella los abandona sin defensa en nuestras manos, y, en medio de su loca orgía, el afilado acero les arrancará la vida. Gran calculador ha sido siempre el Príncipe, y lo sujetaba todo á sus combinaciones, y á los hombres, como en un tablero de ajedrez, los ponía y separaba á medida de su deseo, sin cuidarse para nada del honor, de la dignidad y del buen nombre ajeno, sino mezclándolos y jugando con ellos. No ha cesado nunca de calcular, y al fin resulta falsa su cuenta, porque habrá imaginado vivir, cuando está á punto de fenecer.

GORDON.—No pensad ahora en sus faltas. Recordad su grandeza de alma, su dulzura, la afabilidad de su carácter, todas las nobles prendas que lo han distinguido, y que vuestra cuchilla, levantada sobre su cabeza, caiga como si un ángel de paz os guiara.

BUTLER.—Es ya tarde en demasía. No siento por él compasión alguna. Mis pensamientos son sólo sanguinarios. (Cogiendo la mano de Gordon.) ¡Gordon! No es el odio el que me impulsa... No amo al Duque, y no tengo motivos para amarlo... Pero no es mi aborrecimiento el que me obliga á matarlo. Es su fatal destino. La desgracia me fuerza, un conjunto funesto de circunstancias. Vanamente cree el hombre que obra con libertad. Sólo es el juguete de un poder ciego, de la temible necesidad, que lo aparta con prontitud de su albedrío. ¿De qué serviría al Duque que en mi corazón hablase algo en favor suyo?... A pesar de todo, debo matarlo sin remedio.

GORDON.—Si algo os dice vuestro corazón, oid su voz. El corazón es la voz de Dios, y los cálculos de la prudencia, obra del hombre. ¿Qué ventura podéis obtener de un

acto sangriento? La sangre nada bueno trae. ¿Os elevaréis más por este medio? ¡Oh! ¡No lo creáis! Podrá el asesinato agradar á veces á los reyes, nunca el asesino.

BUTLER.—No sabéis... pero no preguntad. ¿Por qué los suecos habrán vencido, y se acercarán tan rápidamente? Yo no quiero derramar su sangre. ¡No! ¡Podría vivir! Pero yo debo cumplir con honor mi palabra, y ha de morir, ó... Quedo deshonrado, si el Príncipe se escapa.

GORDON.—¡Oh! El salvar á tal hombre...

BUTLER. (Con animación.) ¿Qué?

GORDON.—Merece algún sacrificio... Sed generoso. El corazón, no la opinión de las gentes, es lo que honra al hombre.

BUTLER. (Fria y orgullosamente.)—Es un gran señor, un príncipe... Yo soy sólo un cualquiera; ¿no es esto lo que queréis decir? ¿Qué importa, pues, al mundo, pensáis, que el de humilde nacimiento se comporte honrosa ó vilmente, si el noble se salva?... Cada uno sabe bien lo que vale. Sólo es cuenta mía fijar la altura, á que he de colocarme. Por elevada que sea la posición de otro, no me considero indigno de figurar á su lado. La voluntad sola engrandece ó empequeñece al hombre, y para que yo sea consecuente con la mía, debe morir.

GORDON.—¡Oh! ¡Inútil es que me empeñe en mover un peñaseco! No pertenecéis á la raza humana. No puedo impedirlo, y, á no ser Dios, nadie podrá salvarlo de vuestras manos terribles. (Vanse.)

ESCENA IX.

Habitación en casa de la Duquesa.

TECLA, en una silla, pálida y con los ojos cerrados. La DUQUESA y la señorita de NEUBRUNN, asistiéndola. WALLENSTEIN y la CONDESA, hablando.

WALLENSTEIN.—Pero ¿cómo lo ha sabido tan pronto?

LA CONDESA.—Parecía como que adivinaba esta desgracia. Asustóla el rumor de haberse dado una batalla, en la cual había sucumbido un coronel imperial. Comprendí al momento lo que sucedería. Corrió al encuentro del correo sueco, y en seguida arrancóle con sus preguntas el triste secreto. Tarde notamos su ausencia, y fuimos en su busca, y cayó desmayada en sus brazos.

WALLENSTEIN.—¡Y cuán desprevenida ha recibido este golpe! ¡Pobre niña!... ¿Cómo está? ¿Recobra el uso de sus sentidos? (Volviéndose hacia la Duquesa.)

LA DUQUESA.—Abre los ojos.

LA CONDESA.—¡Vive!

TECLA. (Mirando alrededor.)—¿En dónde estoy?

WALLENSTEIN. (Acercándose á ella, y tendiéndole los brazos.)—¡Vuelve en tí, Tecla! ¡Sé mi valerosa hija! Mira el rostro cariñoso de tu madre, y á tu padre, que te tiene en sus brazos.

TECLA. (Levantándose.)—¿En dónde está? ¿No está aquí ya?

LA DUQUESA.—¿Quién, hija mía?

TECLA.—El que trajo tan triste nueva...

LA DUQUESA.—¡Oh! ¡No pienses más en ella, hija mía. Aparta tu pensamiento de esas imágenes.